

Discurso ante los presidentes

Escribe: JORGE PADILLA

Embajador de Colombia en Lima.

Excelentísimo señor Fernando Belaúnde, presidente del Perú. Excelentísimo señor Julio César Turbay, presidente de Colombia. Excelentísimo señor Luis Herrera Campins, presidente de Venezuela. Excelentísima señora Rosalynn Carter, primera dama de los Estados Unidos. Su eminencia reverendísima señor cardenal Juan Landázuri Ricketts. Señor expresidente del Perú José Luis Bustamante y Rivero. Señor vicepresidente del Ecuador Galo Plaza. Señor vicepresidente electo de la República Fernando Schwalb. Excelentísimo señor presidente del Senado, Oscar Trelles. Excelentísimo señor presidente de la Cámara de Diputados, Francisco Belaúnde Terry. Excelentísimo señor canciller del Perú, Arturo García García. Excelentísimo señor canciller de Venezuela, José Alberto Zambrano. Excelentísimo señor canciller de Colombia, Diego Uribe Vargas. Excelentísimo señor subsecretario de Estado de los Estados Unidos, embajador William Boulder. Excelentísimos señores ministros, Excelentísimos señores embajadores. Doctores Manuel Ulloa y Javier Arias Stella; señores:

Si aún perdurara en Lima, la amable ciudad virreinal, la tradición de las campanas que anunciaban durante la somnolienta Colonia los grandes sucesos, oiríamos ahora sus lenguas de bronce tañendo desde lo alto de los viejos campanarios. No para anunciar del alba al crepúsculo un sombrío auto de fe con cruces, encapuchados y tormentos del Santo Oficio. Ni para comunicarle al pueblo silencioso el nacimiento del Infante Real. Ni para relatar con su fúnebre doble que el cristiano monarca yacía con las manos cruzadas sobre el pecho en su sepulcro de mármol. Ni

tampoco para que desde los balcones de oscura madera ojos donceles y enamorados pudieran admirar al señor virrey que cruzaba por alguna plazuela. No. Las sonoras campanas estarían rindiendo honores a los claros varones y a la egregia señora que llegan de los confines del planeta para celebrar un fasto de la democracia: el regreso del Perú, después de doce años de una de las más accidentadas etapas de su cronología, al pleno ejercicio de las instituciones. Los tiempos que quedan atrás están henchidos, como suele ocurrirnos a los indoamericanos, de sueños y de frustraciones, en una compleja y nada fácil confrontación entre las construcciones ideológicas y la áspera realidad. Es respetable el denuedo poco común con que la misma fuerza armada, que una vez sintió una misión providencial, se fue ajustando a la coyuntura histórica, hasta culminar ahora, bajo la diestra conducción del presidente Francisco Morales Bermúdez, en el retorno al régimen civil. Quien ahora regresa al Palacio de Pizarro, el presidente Fernando Belaúnde, es un estadista de mentalidad liberal y de probada madurez. Cuantos, como yo, hemos asistido al fascinante proceso de la recuperación económica y de la construcción de un nuevo Estado, admiramos los esfuerzos concertados de militares y civiles para expedir, en agobiadoras sesiones de la Asamblea Constituyente, regidas por el tormentoso Haya de la Torre convertido en patriarca, la Carta Magna que entrará mañana en vigor. No pocos, conviene subrayarlo, la consideran como el mejor logro en el derecho público de este país y los demócratas de todas las latitudes registran además, con beneplácito, que en su pórtico se inscriban los Derechos Humanos.

¿Cómo podríamos sorprendernos, entonces, de esta cita de repúblicas que vienen a reafirmar la fe en sus principios en la gran nación en cuyo suelo se selló la Independencia americana? ¿Y cómo no destacar el sentido que entraña la presencia del actual presidente de Colombia, en cuyo honor nos congregamos cuando se cierra un período y se abre otro en la patria del Inca Garcilaso? Ha sido regla de oro de nuestra política internacional la del pluralismo ideológico, corolario del derecho que la Carta de las Naciones Unidas concede a los pueblos para gobernarse por sí mismos. Nunca hemos exigido para mantener buenas relaciones con otros países, que haya identidad entre su estructura política y la nuestra. Ello no significa, sin embargo, que seamos indiferentes y no lo somos, ante la recuperación o la pérdida de las instituciones en parte alguna del hemisferio. Ahora mismo, mientras se alza deslumbrante en el cielo peruano la es-

trella democrática, vemos con pesadumbre que en otro país no muy distante y muy amado, parece apagarse. Alcanzamos apenas a columbrar bajo el cárdeno resplandor el siniestro fantasma de Mariano Melgarejo con su oscura barba y su mirada de tigre, hincado en su caballo, el rojo poncho al viento absolutista del Siglo XIX, en un interminable galope que nunca acaba de pasar.

Hay dos coincidencias, que, por significativas, quiero mencionar ahora. La primera, que el presidente Turbay fue en 1957, después de la caída de Rojas Pinilla y durante la Junta de Generales que lo sucedió, el puente de plata entre el régimen castrense y el régimen civil. El precoz ministro de esa época debe a ese servicio, que es uno de los que los pueblos nunca acaban de pagar, buena parte de su fulgurante carrera. Ello le permitió más tarde ser uno de los artífices del Frente Nacional concebido para liquidar, en un experimento civilizador, la guerra civil no declarada entre liberales y conservadores. La segunda, que esta vetusta casa es un santuario de los Derechos Humanos porque entre estos muros, burladero contra la tiranía, vivió durante cinco años al amparo de nuestro escudo, el líder del Apra, Víctor Raúl Haya de la Torre. En esta misma mesa se dio término con un acta solemne firmada por los representantes del gobierno peruano y del gobierno colombiano, a ese larguísimo debate que dejó como balance la consolidación del asilo, una de las más nobles conquistas en el derecho internacional americano.

El tema de los Derechos Humanos ha sido tan debatido en esta época como el no menos explosivo de la democratización en las relaciones internacionales. Sobre el primero no pasa mes, y casi podríamos decir que no pasa semana, sin que los medios de comunicación, los organismos internacionales, los simposios y las cancillerías, hagan severas intervenciones en alguna conflictiva área del planeta. Sobre la segunda no es menos abundante la literatura. En 1974 la VI Sesión Extraordinaria de la Asamblea General de la ONU, convocada por iniciativa de los Estados del Tercer Mundo, adoptaba una solemne declaración sobre el implantamiento de un Nuevo Orden Económico Internacional. Nadie discute ya que solo en la medida en que se acorte la brecha entre pobres y ricos en el interior de los países, podrá mantenerse el equilibrio social. Nadie pone en duda, tampoco, que mientras no se cierre esa brecha en la órbita planetaria será vano todo intento de poner fin al desorden del mundo. Las ventajas del progreso técnico, decía la declaración aludida, no están equitativa-

mente repartidas entre los miembros de la comunidad internacional. El ingreso de los países en vía de desarrollo, donde vive el 70% de la población solo representa el 30% del ingreso mundial. Las cosas cambian cuando se pasa de la enunciación teórica a la solución práctica. Las Conferencias de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo, desde El Cairo hasta Manila, pasando por Argel, Nueva Delhi, Santiago y Nairobi, se terminan invariablemente por fracasos. Las mismas democracias occidentales, tan celosas de la aplicación de los derechos humanos en el interior de los pueblos, viven de espaldas a la geografía del hambre, siguen considerando a los países subdesarrollados como objetos y no como sujetos de la política mundial, y no quieren entender que en estas décadas de revuelta de los marginados solo el Nuevo Orden Económico puede consolidar la paz. ¿No es, acaso, una vergüenza de la especie que bajo las montañas de papel de la dorada burocracia internacional aparezcan de pronto los vivientes esqueletos de Biafra? La crisis económica y financiera de caracteres estructurales que desde los años setenta golpea las economías capitalistas exige una nueva división internacional del trabajo y un ensanche de los mercados de exportación lo que significa aumentar el poder de compra del Tercer Mundo.

Dentro de esta línea conceptual el señor presidente Turbay acaba de formular en el escenario del Congreso de Colombia, al instalar las cámaras, una propuesta menos ambiciosa y por lo mismo más realista que denomina "La nueva dimensión", destinada a revisar las relaciones entre la patria de Washington y la América Latina, para hacerlas más útiles, más humanas, y por lo mismo, más justas. "Nosotros creemos ha dicho el mandatario, que la defensa de los derechos humanos que adelanta el presidente Carter es preciso sacarla del campo de lo individual para hacerla extensiva a las naciones, que también tienen derechos sociales y económicos, que de no cumplirse desestabilizan los sistemas democráticos, y condenan a los pueblos a la miseria. Establecer nuevas responsabilidades en las formas de la cooperación internacional es política que tiene carácter apremiante y que no puede aplazarse sin correr graves riesgos. Aclimatar una paz justa y estable en Centroamérica y en el Caribe es imposible si no se modifican los términos de la cooperación interamericana". Permítaseme creer que acaso lo que no se logró en la Torre de Babel de lenguas confundidas, pueda conseguirse en diálogo abierto con la poderosa nación que lleva sobre sus hombros el liderazgo de Occidente. Nadie más calificado para ello que el ilustre presiden-

te Carter, místico defensor de ideales y corazón intrépido. Ningún momento más oportuno que éste para la empresa, cuando los intereses de los Estados Unidos coinciden con el clamor de las naciones pobres. ¿No será preferible pagar unos dólares adicionales por café o por bananos que permitan mejores salarios y nuevos consumos a los campesinos del Tercer Mundo que sufragar más impuestos para comprar armas contra el terrorismo o acorazados para la seguridad del hemisferio? El actual desajuste solo puede conducir a debilitar la democracia y a lanzar a los pueblos desesperados en brazos de la aventura. Nuestra América sometida a crueles tensiones económicas es la contemporánea imagen de Túpac Amaru que una mañana de 1781 fue descoyuntado por cuatro potros desbocados en la Plaza del Cuzco.

Si algún orgullo me cabe a este nivel de la existencia es el de haber disfrutado desde temprana juventud el privilegio de la amistad sin sombras de Julio César Turbay que a los veinte años era ya un presidente, no porque ardiera en él la llama de la ambición, sino la del patriotismo y porque al lado de nuestro común jefe y maestro el presidente Alfonso López Pumarejo, manejaba ya la difícil ciencia del análisis político y tenía una cabeza construída para que cupiera Colombia. He sido testigo de su vida. Le vi ascender escalón por escalón venciendo todas las dificultades, sin padrinos ni demagogia, hasta la cúpula del Estado. Alberto Lleras en una defensa de su candidatura anota que jamás estuvo por debajo de las responsabilidades otorgadas. Pocos candidatos tan controvertidos. Pocos presidentes tan respetados. Ninguno, entre nosotros, logró en la mitad de su mandato que se cumple ahora, no solo destruir la imagen satanizada creada por sus enemigos, sino ganar el respaldo de las grandes mayorías nacionales. Ello se debe a su pericia en el manejo de los negocios públicos, a su tranquila energía, a su diamantina pureza y a su alta dignidad que lo sitúan entre los grandes mandatarios de nuestra historia. Cuando se enfrentaron terroristas e instituciones en el caso de la Embajada Dominicana, su nobleza de nervios liberó a los rehenes sin sacrificar la legalidad. Por algo en el trasfondo de su retrato oficial medita la imagen de Francisco de Paula Santander, el Hombre de las Leyes.

No querría concluir sin expresar mi reconocimiento a los eminentes estadistas, diplomáticos y conductores que han querido dispensarme el inolvidable honor de compartir esta mesa. Debo hacer especial referencia al excelentísimo señor presidente Luis

Herrera Campins cuya afortunada parábola seguimos los colombianos con apasionado interés porque nunca olvidamos que las glorias de Venezuela son glorias de Colombia. Mil gracias también a la primera dama de los Estados Unidos por haberse dignado a acompañarnos. Los dones de la inteligencia, de la gracia y del corazón de la distinguida esposa del presidente Jimmy Carter hacen amable el reposo del guerrero y le ayudan en el tan ambicionado, pero tan duro, oficio de gobernar. Agradezco asimismo la compañía del eminentísimo señor cardenal Juan Landázuri, de encomiable celo apostólico cuando la Iglesia atraviesa una crisis más grave que la de la Reforma Protestante porque parecen haberse borrado las fronteras entre el Reino de Dios y los dominios del César, porque se sustituye el paraíso de los teólogos medievales por los de Carlos Marx y porque en la sombra nocturna los seminarios son asaltados por Sigmund Freud. Intencionalmente dejo para el fin la expresión de mi gratitud por su presencia hacia el expresidente José Luis Bustamante y Rivero que desde el Himalaya de la edad vela sobre el Perú como un consejero de la nación. Cuando lo veo lúcido y juvenil, según la expresión del Príncipe de Ligne “avanzando en el invierno a fuerza de primavera”, evoco la legendaria imagen del Gran Mariscal Ramón Castilla que, alzado en armas, pero vencido por el calendario y por la muerte al pie de su cabalgadura, tuvo suficiente vigor para guardar las riendas en la mano.

Señor presidente Turbay:

En diciembre de 1978, tres meses después de asumir el poder, en una hermosa conferencia sobre el Libertador, en la Sociedad Bolivariana de Bogotá, pronunció usted estas palabras:

“Tras introducir la revolución de la libertad y convertirse a la vez en su inspirador, en su artífice y en su profeta, Bolívar entendió, con esa precocidad que siempre fue uno de los rasgos característicos de su talento, que era preciso introducir también la revolución del orden. Sin la primera, no habría independencia. Sin la segunda, no habría República. En hacer posibles ambas cosas, consistió el drama de su vida”.

¿Quién hubiera adivinado que ese diagnóstico era premonitorio. ¿Su gobierno ha encontrado los problemas habituales de nuestro tiempo. Pero se ha visto enfrentado, como ningún otro, a la subversión, con caja internacional de resonancia, que aspira a no dejar piedra sobre piedra ni en lo jurídico, ni en lo eco-

nómico. Es la lucha contra el sistema, que actúa con indudable destreza al amparo de la libertad, porque ese es nuestro principio, para arrebatárnosla luego, porque ese es el suyo. Manejar, como lo hace su gobierno, la escalada subversiva, no dentro del autoritarismo de hierro, sino dentro del fragilísimo marco democrático, acelerando el cambio social, es, ni más ni menos, la revolución dentro del orden.